

COMENTARIOS CRITICOS

Roberto Torretti

Williard Van Orman Quine. *From a logical point of view. Nine logico-philosophical essays*. Second edition, revised. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts. 1961. vii + 184 Pp.

ESTE VOLUMEN contiene nueve importantes ensayos, publicados anteriormente en diversas revistas, retocados para conferirles cierta unidad. La primera edición data de 1953. La segunda, de 1961, contiene varias modificaciones; la principal, en el ensayo octavo, concierne al discutido tema de la lógica modal. Dos temas se sostienen a lo largo de estos ensayos: "Uno es el problema del significado, particularmente en cuanto está involucrado en la noción de juicio analítico. El otro, es la noción de compromiso ontológico, particularmente en cuanto está involucrada en el problema de los universales" (pág. v). El ensayo quinto, sin embargo, es una excepción; se lo ha incluido porque proporciona ciertos conocimientos básicos de lógica simbólica, que el lector requiere para leer los ensayos que le siguen. Pero este ensayo quinto, además tiene una gran importancia histórica. Bajo el título de "Nuevos fundamentos para la lógica matemática", apareció en 1937. En él, Quine expone un sistema de nociones y principios lógicos, que puede desempeñar el mismo papel del sistema de los *Principia mathematica*, con notable economía de medios y de supuestos; Quine muestra allí cómo es posible reemplazar la incómoda teoría de los tipos de Russell por una restricción análoga, pero de alcance mucho menor. En definitiva, según explica Quine en las "Observaciones suplementarias", agregadas en este volumen (págs. 94-101), el sistema de los "Nuevos fundamentos" o sistema NF no basta para cimentar la totalidad de la matemática clásica, por lo cual Quine debió reemplazarlo por el sistema más complejo de su célebre *Lógica matemática* (1940; segunda edición revisada, 1951) o sistema ML. Con todo, el sistema NF no ha perdido su actualidad; por ser más simple, sería más fácil probar su coherencia que la del sistema ML, y Hao Wang ha demostrado que ML es coherente si NF es coherente.

Quine es un escritor claro y ágil; su pensamiento alerta no se acomoda con un dogmatismo fácil; más bien está resuelto a impedir que el formulismo de la nueva lógica se convierta en baluarte de un paraíso de tontos. El ensayo segundo, "Sobre dos dogmas del empirismo", ilustra admirablemente su afán de expulsarlos de algunos de los paraísos ficticios en que se los ha visto instalados. Los dos "dogmas" que Quine combate son nada menos que, por un lado, el distinguido tajante entre proposiciones analíticas y sintéticas y, por otro, lo que llama el dogma "reduccionista", según el cual toda proposición significativa puede reducirse a alguna construcción lógica de términos referentes a la experiencia inmediata. En cuanto al primer "dogma", conviene tener presente, para evitar malentendidos, que Quine no cuestiona la posibilidad de delimitar una esfera de "verdades lógicas", esto es, proposiciones cuya verdad no varía al modificarse arbitrariamente sus elementos componentes, excepto las partículas lógicas (inventariadas previamente). Sus dudas se refieren a un segundo grupo de proposiciones analíticas, que pueden reducirse a verdades lógicas, reemplazando sinónimos por sinónimos. La delimitación de este segundo grupo resulta entorpecida por la necesidad de acudir a la noción de "sinónimo" que, como Quine muy bien expone, suscita dificultades tan graves como las que se querría que resuelva. Ahora bien, no está de más recordar que esta forma de reducción a verdades lógicas por sustitución de

expresiones sinónimas desempeña un papel central en las modernas demostraciones del carácter analítico de las verdades matemáticas. Hay una sola forma de sinonimia que, como es obvio, no suscita problemas, y es la sinonimia entre una expresión dada y otra —generalmente más breve— introducida por convención arbitraria como equivalente de la primera. Pero no puede pretenderse que sea ésta la relación entre las expresiones matemáticas y aquéllas puramente lógicas, con las que se intenta sustituirlas, puesto que las primeras han estado figurando en proposiciones significativas muchos siglos antes de que empezara a elaborarse la nueva lógica, la cual, por lo demás, se ha desarrollado en gran parte con vistas a procurar la “fundamentación” de una matemática preexistente.

El principio del “reduccionismo”, si fuera sostenible, podría ofrecer, aparentemente, un criterio para distinguir entre proposiciones analíticas y sintéticas: si el significado de una proposición es el método para confirmarla o invalidarla empíricamente, puede definirse a la proposición analítica como el caso límite de una proposición que se verá confirmada de todos modos¹. Pero el principio del reduccionismo, expone Quine, es insostenible en la forma extrema que adoptó, por ejemplo, en el primer gran libro de Carnap (*Der logische Aufbau der Welt*, 1928); y en otras formas, no parece valer gran cosa. El reduccionismo pervive en la creencia de que cada proposición, aislada de las otras, es susceptible de confirmarse o invalidarse. Quine sostiene, en cambio, que “nuestras proposiciones acerca del mundo exterior encaran el tribunal de la experiencia sensorial, no individualmente, sino como un cuerpo colegiado” (pág. 41). Desde Frege estamos habituados a considerar que los términos sólo se refieren a los objetos que designan en el contexto de las proposiciones en que figuran. “Pero... aun al tomar como unidad a la proposición, hemos afinado en exceso nuestra red. *La unidad de significación empírica es el todo de la ciencia*” (pág. 42; yo subrayo). Para aclarar su pensamiento, Quine agrega: “La totalidad de lo que llamamos nuestro conocimiento o nuestras creencias, desde las cuestiones más accidentales de geografía e historia hasta las más profundas leyes de la física atómica o aun de la matemática pura y de la lógica, es un tejido de fabricación humana (*a man-made fabric*) que tropieza con la experiencia sólo a lo largo de los bordes” (pág. 42). Esta formulación, que recuerda ciertas interpretaciones de la filosofía de Kant, merece algunos comentarios. Desde luego, cabe preguntar qué entiende Quine por esa “experiencia”, que aparentemente concibe como separada e independiente del “tejido” conceptual de la ciencia que tropieza con ella en sus bordes; a menos que se la *defina* como los bordes —claro está, variables— del “tejido” intrínsecamente finito de la ciencia. Nuestro segundo comentario se refiere al adjetivo “man-made”, “fabricado por el hombre”, que Quine aplica al “tejido” del conocimiento; también esta expresión parece contraponer ese “tejido” a una realidad que le trasciende, esta vez su “sujeto”, presentado aquí como su autor; sería necesario aclarar la relación entre el “hombre” y el “tejido” que se dice que “fabrica”; aclarar en qué sentido cabe hablar aquí de “fabricación” o actividad elaboradora; aclarar, sobre todo, en qué consiste el ser del “hombre” que aquí se

¹ Debo señalar que esta definición cubriría también las proposiciones sintéticas a priori, en el sentido de Kant, las cuales también serían confirmadas por todas las situaciones empíricas posibles. El hecho de que aquí se proponga este criterio para

definir el concepto de proposición analítica, confirma mi sospecha de que el rechazo de las proposiciones sintéticas a priori por los empiristas contemporáneos es simplemente dogmático.

menciona y en qué medida se distingue del propio “tejimiento” del “tejido”. La última aclaración es tanto más imprescindible, cuanto que el “hombre” en cuestión no es simplemente aquél de que se habla en psicología, sociología o antropología; este último no es sino una construcción conceptual más, un hilo del tejido, y no se puede, en consecuencia, identificarle con el tejedor.

Uno de los temas centrales de estos ensayos es, como vimos, la noción de “compromiso ontológico”. Según Quine, cada lenguaje, en virtud del esquema conceptual que le es propio, compromete al que lo habla a aceptar la existencia de ciertos tipos de entes, es decir, en la terminología de Quine, lo compromete con una ontología². Quine propone un criterio sencillo para determinar los compromisos ontológicos de un lenguaje formalizado dado: cada lenguaje formalizado trata como entes los valores admisibles de las variables asociadas a sus cuantificadores. Quine admite que este criterio es inaplicable al lenguaje ordinario. Esta limitación es importante. No es éste el lugar para argumentar que los llamados “lenguajes” formalizados sólo pueden llamarse así, en virtud de una licencia verbal. Debemos destacar, eso sí, tres peculiaridades de los lenguajes ordinarios que no comparten los “lenguajes” formalizados: un lenguaje ordinario puede adquirirse sin necesidad de conocer previamente otro lenguaje; puede desarrollarse enriqueciéndose de veras (es decir, aumentando efectivamente sus recursos expresivos, ya sea por creación de nuevas formas, ya sea por modificación del alcance semántico de sus formas antiguas), autárquicamente, sin necesidad de recurrir a otro lenguaje en que se formulen los pasos de su desarrollo, las etapas de su enriquecimiento; por último, en todo lenguaje ordinario se puede eventualmente, y sin solución de continuidad, hablar del mismo lenguaje. La última característica suele considerarse una grave limitación de los lenguajes “naturales”; sospecho que resulta de la segunda, de la cual creo que también depende la primera. Ahora bien, es obvio que un “lenguaje” que no posea esta primera peculiaridad sólo puede darse engastado en uno que la posea, y los “lenguajes” formalizados, en consecuencia, nunca pasarán de ser modificaciones interiores³ de los lenguajes naturales, cuya soberanía semántica no podrán alcanzar jamás. Esta dependencia de los lenguajes formalizados respecto de los lenguajes naturales en que hablan sus constructores, resta importancia al estudio del compromiso ontológico involucrado en aquéllos; lo que de veras importa, es el compromiso implícito en el lenguaje ordinario. Ahora bien, todo lenguaje ordinario, si es capaz de hablar de sí, tiene que estar comprometido con una ontología que admita entre las realidades existentes al propio lenguaje. ¿Cuáles son las condiciones mínimas de posibilidad del lenguaje? El mundo debe ser tal que pueda hablarse de él. Además, debe ser tal que pueda hablarse en él. La determinación de las condiciones para que esto sea así, permitiría establecer cuál es la ontología mínima involu-

² En una obra posterior, Quine sustituye el adjetivo “ontológico” por el adjetivo “óntico”, declarando que se ha convencido de que este último es más adecuado en este contexto en que significa “concerniente a lo que existe” (“as to what there is”); se aproxima así más al uso heideggeriano de estas dos palabras, al que estamos acostumbrados en el mundo de habla española. Véase Quine, *Word and object*, John Wiley, New York, 1960, pág. 120, Nº 2.

³ Wittgenstein compara por allí el lenguaje con una ciudad, y dice que los simbolismos de la química o del análisis matemático son como suburbios de los lenguajes modernos (*Philosophische Untersuchungen*, Nº 18). Continuando la alegoría, diríamos que los lenguajes formalizados corresponden a los parques de atracciones mecánicas; ¿no proclaman acaso sus empresarios que por sí solos son como una ciudad completa?

crada en el lenguaje. Tal ontología no dependerá de una convención arbitraria, ni se regirá por consideraciones de utilidad; aun así, su adopción puede llamarse libre —en cuanto podemos escaparle callando (como cuentan que hacía Cratilo)⁴— y si se quiere, pragmática —en cuanto está envuelta en la propia praxis del hablar (si no se hablara, caducaría esta ontología; pero ¿cuál quedaría en pie en tal caso?). Tal vez no sea necesario sostener el realismo de los universales para concebir la posibilidad del lenguaje; de hecho el platonismo de la tradición crea tantas dificultades como resuelve: el habla efectiva es un acontecer histórico y no se entiende cómo trafica con esencias intemporales. Por otra parte, nuestro planteamiento permite liquidar sin más esa “ontología” fenomenista favorecida por los positivistas lógicos y que todavía ronda por las páginas del libro de Quine (págs. 17 y ss.; págs. 66 y ss.). Para esta ontología los entes serían “sucesos subjetivos individuales de sensación o reflexión”. Es claro que las manifestaciones del lenguaje no pueden reducirse a este género de sucesos, pues de lo contrario no podrían tener el carácter comunicativo que es de su esencia; condición de posibilidad del lenguaje es la objetividad intersubjetiva de las manifestaciones lingüísticas; éstas necesariamente han de ser *las mismas* para el que habla y el que escucha, aunque los sucesos subjetivos que las hacen presentes a cada uno, sean inevitablemente distintos. Debe observarse que la mismidad exigida a las expresiones verbales no sólo rebasa la identidad de sus presentaciones sensoriales; también va más allá de la identidad atribuible a los supuestos objetos o procesos objetivos físicos a que cabe imputar dichas presentaciones. Figurémonos que dicto una frase por teléfono; mi interlocutor la escribe; le pido que me la lea para comprobar que tomó bien el dictado. La frase dictada aparece en una serie de presentaciones subjetivas diferentes; tal vez la estuve pensando antes de decirlo, luego la dije, sentí los movimientos pertinentes de mi garganta, y además me oí decirlo; mi interlocutor la oyó; la escribió y al hacerlo captó propioceptivamente la estructura pertinente de los movimientos de su mano; la vio escrita; la leyó y se escuchó al leerla; yo escuché su lectura. Pero también, la que suponemos ser la base objetiva física de estas presentaciones subjetivas es una serie tal vez aun más variada de sucesos. La frase, en cambio, es siempre la misma; la misma, digo, y no meramente parecida; si lo que el otro me lee es solamente *parecido* a lo que yo le dicté tendré que corregirlo, porque me ha entendido mal; necesito que escriba *lo mismo* que le dije. La mismidad de las expresiones verbales no es un simple modo de decir, adoptado por convención arbitraria o justificada; es un supuesto sin el cual no hay convención posible, puesto que, si no se cumple, *no puede convenirse nada*. Esta breve reflexión pone en evidencia cuán poderoso es el enfoque propuesto para encarar la investigación de las ontologías; nos permite superar esa actitud desasida que Quine parece adoptar: la ontología *del* lenguaje —esto es, no la que el lenguaje postula en su sintaxis, sino la que ilustra en su viviente actualidad— es una ontología irrefutable, pues quien la rebate, la confirma.

ROBERTO TORRETTI
Universidad de Concepción

⁴ Aristóteles, *Metaphysica*, T, 5, 1010^a7-15.